

REFORMA SIGLO XXI

Reseña del libro *Sequía en Nuevo León 1953*

■ ■ Tomás Corona Rodríguez*

La mejor manera de combatir la sequía es cuando no hay sequía, Tito Sabinas.

Más devastadora, dolorosa e infecunda sequía de la naturaleza es la sequía del alma, Simon Wiesenthal.

Buenos días... Gracias de antemano por el honor de estar aquí de nuevo, en “Los miércoles literarios”, nuestro afamado y singular aposento y recinto cultural, en el cual, durante muchos años se ha presentado una enorme diversidad de textos que han dado cuenta y registro del ser, hacer y saber norestense, aunque a muchos sureños y chilangos todavía les cueste reconocerlo, desde que Vasconcelos nos bautizara como “Los bárbaros del norte” cuando expresó: “Donde termina el guisado y empieza a comerse la carne asada comienza la barbarie”; acaso el pobre hombre no degustó nunca la ricura de unas agujas norteñas, o de un diezmillo asado, y libado unos frescos alipuses en el agobiante calor regiomontano.

Gracias también por el placer que produce en mí el presentar un libro de nuestro buen amigo, Héctor Jaime Treviño Villarreal, incansable promotor cultural y activista de diversas causas sociales, que seguro estoy, realiza de todo corazón, y por todo el estado de Nuevo León. Específicamente, en su natal Sabinas Hidalgo han quedado innumerables muestras de su quehacer en pro de una mejor sociedad, más consciente, más crítica, más cuestionadora, más justa, pero sobre todo más feliz. En ese sentido hago mención del carisma que posee Héctor Jaime y enfatizo su humor crítico, a veces “negro”, a través del cual conquista, indistintamente, a todos sus escuchas. El representa lo que acá en el norte denominamos “un señorón” o “un peladazo”

El libro en cuestión, cuyo autor es Héctor Jaime, nuestro homenajeado de hoy, por decirlo así, incluye en el título una palabra terrible, “sequía”, que debía ser proscrita en estos tiempos duros y aciagos, sí, prohibida por toda la psicosis que encarna, pero es tan real como las falacias contenidas en los discursos políticos. Y una sequía como la que todavía estamos vivenciando, genera un sinfín de problemáticas difíciles de resolver, causadas por la aridez de la región y por todos los intereses económicos y políticos que hay en juego en este momento en Nuevo León.

Recuerden que habitamos una tierra seca, la cual, sin embargo, lleva en sus entrañas recónditos manantiales, “mantos freáticos”, dice atinadamente el autor, así como deslumbrantes ojos de agua que, a pesar de todo, han permitido la vida, el progreso, e indefectiblemente el crecimiento industrial, así como de la enorme mancha urbana que representa hoy nuestro pujante terruño, Monterrey, junto con los municipios que lo circundan.

Sequía de Nuevo León -1953-, es el título preciso del libro de Héctor Jaime Treviño Villarreal y desde el inicio, “1953”, el primer capítulo marca categóricamente una verdad innegable: “Desde su fundación la ciudad de Monterrey ha estado ligada al elemento vital que es el agua”; efectivamente el vínculo que se establece entre las ciudades y el agua es insoluble. Irónicamente, a veces la *Sultana del norte* se debate entre terroríficas inundaciones como la de 1933, que describe tan poéticamente don Manuel Neira Barragán.

Como se afirma en el texto, de manera contundente, desde la fundación que realizara Don Diego de Montemayor: “Las sequías fueron el gran enemigo a vencer para la creciente población, padeciéndose en diversos periodos”; y a los jóvenes,

* Maestro de vocación y escritor por convicción. Cursó estudios de Maestría en Formación Docente en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 19 B, y en Lengua y Literatura Españolas, en la Escuela de Graduados de la Normal Superior “Profr. Moisés Sáenz Garza” y es candidato a doctor en el Doctorado en Investigación e Innovación Educativas, que ofrece esta misma institución. Actualmente disfruta de una bien merecida jubilación.



Presentación del libro, con los comentarios de Tomás Corona (izquierda) y Juan Alanís (derecha). Al centro, el autor Héctor Jaime Treviño. Fotografía de Martha Tovar.

no tan jóvenes, pero sobre todo a los de “la vieja guardia”, a todos nos consta el incómodo padecer que implica una sequía con todas sus agravantes.

Sequía de Nuevo León es un libro muy completo, cuidadosamente redactado por un experimentado y meticuloso escritor quien a la vez tiene la fortuna de ser también un prolífero historiador: Héctor Jaime Treviño Villarreal, quien va describiendo paulatinamente los procesos de urbanización vinculados al abastecimiento de agua, como los primeros pozos artesianos que se hicieron para dar vida y auge a la naciente ciudad metropolitana de nuestra señora de Monterrey.

El texto incluye claras y fehacientes muestras testimoniales, periodísticas, hemerográficas y bibliográficas, extraídas de diversas fuentes documentales y electrónicas, así como datos estadísticos, que certifican la veracidad de los hechos que se van desglosando durante la lectura; la minuciosidad es otra de las cualidades que posee el escritor-historiador, la cual le permite asegurar la autenticidad y credibilidad de los sucesos descritos.

Llama la atención el hecho de que en 1905 se fundara la Compañía de Agua y Drenaje, tan saqueada (como se afirma en el libro, junto con la necesidad de renovarla, “potabilizar las finanzas”, dice Héctor Jaime) y tan demeritada actualmente por la sequía que no parece terminar nunca. Primero fue concesionada a extranjeros, luego el estado la recupera, pero desde entonces inició la disparidad en el uso del preciado líquido entre los empresarios y los ciudadanos que también repercute hasta hoy. Se construyeron presas y se excavaron innumerables pozos, pero el líquido vital, desde esa época, nunca ha podido satisfacer la voracidad de la ahora monstruosa urbe regia.

Cabe hacer notar una de las conclusiones más contundentes del texto, en la cual se afirma que “la amenaza periódica latente es la sequía y sus graves consecuencias: falta de agua para consumo doméstico, industrial, agrícola y ganadero”, es decir, su terrible daño a las principales actividades humanas, sobre todo al agro mexicano.

Ya parece tradición, y los acontecimientos actuales también lo dejan entrever, el disparatado vínculo entre el gobierno nuevoleonés, los

empresarios, el indispensable abastecimiento de agua y la inminente necesidad, y demanda de la población por contar con el preciado líquido, el cual ha generado siempre una serie de conflictos reales, como marchas, bloqueos, así como una infinita protesta en las redes sociales que parece no tener fin. Esto también se asienta en el libro de Héctor Jaime.

Quien no recuerda, hace algunos años, cuando las compañías constructoras agregaban un tinaco como un plus en las casas que vendían para, de esa manera, asegurar el abastecimiento de agua que escaseaba. Posteriormente dejaron de utilizarse, pero en este último año volvió a popularizarse su uso en casas y escuelas, vendiéndose a precios exorbitantes, igual que las cubetas y botes con llave, pero eso es otra historia. A propósito, nada más triste y desolador que la falta de lluvia y ver una presa secarse totalmente como nos tocó en este fatídico año. Culpa de “la vieja política”, dicen por allí...

En el capítulo 2, “Fuerte sequía en medio de dos huracanes”, se detallan pormenorizadamente los acontecimientos históricos que sucedieron entre 1950 y 1966, relacionados con la devastadora sequía que ha sido una fatídica constante en toda la historia del estado de Nuevo León; esta terminó con un poderoso huracán, como afirma el autor: “La sequía terminó con el huracán Beulah en 1967, que provocó muchos daños y severas inundaciones”.

Dicen que la naturaleza es sabia, habría que dudarle un poquito, y los comisionados de la Conagua (Comisión Nacional del Agua) menos sabios todavía. ¿Por qué afirmo esto...? Pues... parece inconcebible algo que ocurrió en 2010 después de los estragos causados por el huracán “Alex”, a pesar de las enormes cantidades que marcaba el pluviómetro, a los pocos meses sobrevino una sequía muy fuerte que, en el 2011, afectó no solo a Nuevo León y fue declarada una contingencia ambiental que terminó en 2013 con la tormenta “Ingrid”. Cabe mencionar que el abastecimiento de agua de las presas apenas registraba el 19.8% de su capacidad.

En el capítulo 3, “El problema número uno en Monterrey”, a través de un irrefutable artículo periodístico de Alfonso Cavazos Castaño, más la crítica de Héctor Jaime que no se queda atrás, y diversas publicaciones en distintos periódicos al respecto, se enfatiza la escasez de agua como

un grave problema que ha padecido siempre la sociedad nuevoleonesa, causado primordialmente por el crecimiento desmedido de la población, así como la urgencia de solucionarlo de manera real y efectiva, en vez de realizar tantas obras inútiles y ociosas, como se asevera en este valioso documento histórico.

En el capítulo 4, “Tiempos de agobio: 1953”, se describe el contexto bio-psico-social de los regiomontanos de aquella época: “Era otro Monterrey, tranquilo, pausado, bucólico” (como expresa Héctor Jaime); un pasado que jamás volverá. Sin embargo, vivenciaron una espantosa sequía, como la que soportamos este año, 2022, que seguramente también será inolvidable.

Llaves sin agua, botes llenándose en la madrugada, protestas en la calle, políticos indolentes, mortandad de ganado y cultivos, agua turbia... Obviamente, ya existía el contubernio entre empresarios y directivos de Agua y drenaje, y eran bastante notorias las profundas fallas de esta dependencia. Héctor Jaime describe en su libro, con “lujo de detalle” y suficientes pruebas, esta penosa situación concerniente a las protestas y descabelladas soluciones al severo problema de la escasez del agua en Nuevo León en 1953.

El problema de la sequía resultó tan grave que provocó una severa hambruna en toda la región, hubo problemas serios con los vecinos tamaulipecos (como hoy) y tuvo que intervenir el presidente de la República (como hoy) para atenuarla. Incluso, Francisco Cervantes, oriundo de General Bravo, escribió un corrido que retrataba la cruda realidad de ese momento histórico. Todo esto lo pueden verificar en el libro de Héctor Jaime.

Es importante mencionar toda una sucesión de personajes de la política (y algunos empresarios) cuyos nombres van apareciendo a lo largo del contenido del texto y que históricamente han incidido en la problemática vinculada a las sequías en Nuevo León, esto le otorga al libro un valor agregado al contar con testimonios reales que comprueban lo que allí se documenta como prueba irrefutable del acontecer real de los hechos. Me causó mucho asombro la declaración que hizo el gobernador Vivanco en 1953 cuando expresa: “No está en manos del hombre conseguir una cosa que no existe; pero el agua para Monterrey la buscaremos donde la haya”. O sea que “no hay nada nuevo bajo el sol”.

No voy a abundar mucho sobre el tema que aborda el capítulo 5, “El entorno político”, pero seguro estoy que lo leerán en el libro; Héctor Jaime lo define de manera sencilla al sostener que: “El agitado entorno político nuevoleonés también estaba muy caliente”. Hay otros asuntos destacables como: “El principal problema al que se enfrentó Vivanco fue el del agua”; la erradicación de limosneros y perros callejeros, una pedrera en el cerro de la silla que amenazaba con dañar ese monumento histórico natural y fue clausurada. Todas estas tramas se describen nítidamente en el texto de nuestro amigo historiador.

El capítulo 6, denominado “Vida cotidiana”, es por demás sugestivo y simbólico, te cautiva sin querer, transportándote hacia un entramado de recuerdos puntualizados sobriamente por el autor, asimismo, te remonta a una época encantadora, infortunadamente ensombrecida por la perenne sequía, en aquel 1953. De facto, es un asomo a los hechos que ocurrían en la cotidianidad de una ciudad que evolucionaba a pasos agigantados.

Aunque existían muy pocos vehículos automotores, los principales factores de los

accidentes automovilísticos quedaron sellados para siempre como una macabra y trágica sentencia: “El exceso de velocidad, el estado de ebriedad de los conductores y la imprudencia de los peatones”.

Entre muchas otras notas relevantes que te enganchan como si atravesaras una puerta del tiempo, destacan la huelga de los obreros de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, y sus consabidos y raquíticos logros que con el paso del tiempo la llevaron a la quiebra; el inicio de la construcción de las avenidas Constitución y Morones Prieto, alledañas al río Santa Catarina y la canalización de este; la incesante actividad de la compañía Aeroméxico en el Aeropuerto del Norte; el fastuoso ambiente deportivo, con los primeros “Rayados” y los primeros “Sultanes”.

Manifiesta Héctor Jaime que “a pesar de la severa sequía por la que pasaba la ciudad, las inclemencias climáticas no detenían a los activos regiomontanos; en el aspecto de las diversiones (...)”. La primera película en tercera dimensión que tenía que verse con lentes Polaroid, la fenomenal lucha libre y su fiel público en la Plaza de Toros Monterrey.



Toma de la presentación de Sequía en Nuevo León -1953-. Foto: Martha Tovar.

Otra aseveración del autor expresa: “La vida nocturna seguía su ritmo y cada noche los lugares de esparcimiento presentaban a los mejores artistas nacionales y locales”. La Terraza Mexicana, que se convirtió luego en el Casino Michoacano, el centro nocturno El Patio, el Teatro México. Había un tremendo contraste entre las inclemencias de la sequía, falta de agua, la escasez de alimentos y la excesiva diversión, según para olvidar la angustiante realidad cotidiana.

En el ámbito cultural la Universidad de Nuevo León ofertaba innumerables cursos, así como un sinnúmero de conferencias dictadas por especialistas con un alto grado académico. La radio y las radionovelas tenían un rotundo éxito. Infortunadamente, con la sequía también se incrementó el número de homicidios y de accidentes en las calles. Todos estos pasajes cotidianos, con personajes y nombre, se desdibujan pausadamente en el libro y, como señalé antes, no puedes escapar a su encanto, o más bien al encanto con que son contados.

Un tema que destaca por su notoriedad es el de los inmigrantes, llamados peyorativamente “braceros” o “espaldas mojadas”, que deja entrever el injusto maltrato que recibían los mexicanos que intentaban cruzar la frontera. Explica el autor: “Desde la perspectiva política, aquellos años se caracterizaron por la intolerancia y por agudizarse el racismo, aderezado con el discurso ideológico de derecha radical”.

¿Qué acontecía en el mundo en esa época? El autor nos dice: “En el ámbito internacional en el mes de junio de 1953, dos temas acapararon la atención: La Guerra de Corea iniciada en junio de 1950” y “otro tema internacional importante fue la entronización de la reina Isabel II”.

Otros detalles un tanto chuscos y serios a la vez, fueron: “La campaña iniciada por el historiador y licenciado Santiago Roel Melo sobre el uso preferente del idioma español”; seguro estoy que se revolvería en su tumba si viera todas las atrocidades que le han hecho a nuestro maravilloso idioma con tanto extranjerismo lingüístico que percibimos por allí. Y el combate a los “aguafresqueros aposentados en las calles de Monterrey, dado el grado de insalubridad de las aguas frescas que vendían”, por parte de las autoridades de Salud Pública, hasta hacerlos desaparecer, sin embargo, aún persiste su presencia.

En fin, puede concluirse, con todo lo que se narra en este capítulo denominado “Vida cotidiana”, que los años viejos que no volverán, fueron maravillosos, tranquilos, relajantes, sin soslayar los daños provocados desde entonces, en todos los ámbitos, por la implacable sequía.

En el capítulo 7, “Continúa la sequía”, se describe como se fue incrementando el serio problema de la falta de agua por la inclemente resequeidad de la tierra nuevoleonense: “Mientras tanto la sequía era el flagelo y la sed fue en aumento cuando el verano avanzó”; también las fábricas fueron afectadas, primordialmente las industrias de la rama textil, La Fama y La Leona, textilerías que, aunque tenían sus pozos profundos, la dotación de agua bajó, amenazando con paralizarlas por completo. La crisis del agua estuvo a punto de generar una tragedia social con funestas consecuencias. Este hecho se describe de manera extensa y detallada en el texto que estamos presentando hoy.

Por cierto, hay un párrafo en el libro de Héctor Jaime que es por demás revelador, lo cito a continuación: “Preciso es que se pongan a concurso todos los esfuerzos, toda la técnica y todo el dinero necesario, para suplir la falla geográfica que sumerge a Monterrey en la aridez de un desierto. Las lluvias no son pródigas en esta región y gentes que conocen están acordes en afirmar que, aunque lo fueran, quizá el número de habitantes y la necesidad de la industria superaría aun el abultado caudal que dieran, a menos que éste consistiera en lluvias de suma frecuencia”.

Es decir, el problema de la escasez de agua en Nuevo León y su más ingrata consecuencia, la sequía, no data de hace treinta años, como dice un “spot” publicitario por allí, sino desde hace 70, por lo menos. Y desde entonces (en los años 50) se pugnaba por construir una obra monumental (aún no se ha construido) que solucionara el problema del abastecimiento de agua para la ciudad de Monterrey. También haría falta ilustrar a las nuevas generaciones en la historia de nuestro estado, incluidos los gobernadores, por supuesto. Este libro escrito por Héctor Jaime Treviño Villarreal constituye una excelente opción.

“En Santa Catarina la gente acampaba alrededor de una llave colectiva (...)”, señala el texto, y hoy, todavía, en algunas colonias la gente, igual

de angustiada, se amotina alrededor de las pipas para recibir aunque sea un poco del preciado líquido. Como se alude en el libro, en otros municipios nuevoleonenses, Cerralvo o Higuera, pasaba lo mismo, y en el sector agrícola, los ejidatarios, sobre todo los del norte del estado, sufrían penosamente las consecuencias provocadas por la sequía y se alimentaban con lo que podían (mezquites, pitahayas, mahuacatas). La hambruna comenzaba a hacer estragos en ellos, sobre todo en sus criaturas, algunos estaban a punto de enloquecer. Se te estruja el corazón un poquito en esta parte del libro.

La situación en la ciudad era semejante: “La popular colonia Independencia se convirtió en un verdadero hormiguero de aguadores, por todas las calles se veían personas transportando tinajas y botes trasladados a mano, a lomo de caballos, burros y mulas, en carritos de juguetes infantiles y muebles de tracción animal”, un cuadro real, muy parecido a los que vemos hoy. Todo el ramo industrial estaba a punto de colapsar por la carencia de agua. La excavación de un “pozo piloto” en Las Mitras, atenuó un poco la grave situación social de esa época causada por la escasez del vital líquido.

Llama la atención el hecho de que, como pasa actualmente, muchos de esos lugares contaban con agua en el subsuelo, pero no podían utilizarla porque era extraída y aprovechada por la industria y empresarios voraces que para nada les importaba la situación existencial de la gente común, de la gente del pueblo quienes sufrían las inmisericordes consecuencias de la cruda sequía.

El capítulo 8, denominado “¡Agua!”, es la voz angustiada del regiomontano y muestra crudamente la penosa situación que vivieron los regiomontanos en 1953 por la falta de agua: “La gente atribulada buscaba por todas partes el preciado líquido y los menesteres cotidianos pasaban a segundo término”. En el centro quedaba poca, pero en la periferia, la gente peregrinaba cargando sus botes en busca del “maná divino”, como menciona Héctor Jaime en su libro.

Desde entonces el municipio enviaba pipas (igual que hoy) para intentar abastecer a la gente con el líquido vital. Algunos vecinos que poseían una noria mostraban su generosidad al regalar agua, infortunadamente, también sucedía lo contrario y los “marros”, así les llamaban, no les importaba que

sus prójimos murieran de sed. En el campo militar también se regalaba el agua y del baño diario que caracteriza a los regios, ya nadie se acordaba.

En el capítulo 9, “Bombardear nubes”, con hielo seco o yoduro de plata, para hacer llover, se revela que este procedimiento científico no es tan novedoso: “Ente las acciones emprendidas por el gobernador José Santiago Vivanco Lozano, en el afán de atraer la lluvia, estubo la de contratar un avión con el propósito de bombardear las nubes y producir la tan anhelada lluvia”. Para tal fin, “el gobierno de Nuevo León, ante la crisis del agua de 1953 contrató un bombardero mediano Beechcraft...”. El experimento funcionó y los aguaceros no se hicieron esperar.

Pero no todo fue “miel sobre hojuelas”, con la turbiedad del agua surgieron serios problemas de salud en los habitantes, por más que la hirvieran, como la fiebre tifoidea. “La pésima calidad del agua que se está consumiendo en Monterrey tiene en jaque a toda la población, está extremadamente turbia y de mal sabor, que, con asco se está ingiriendo”. Los veneros se agotaban, los de Agua y drenaje decidieron incrementar la cantidad de cloro, lo cual provocó problemas intestinales en algunos habitantes de Nuevo León.

El capítulo 10 lleva por título “El problema de los autobuses urbanos”. Junto con los problemas provocados por la sequía, “la mosca prieta afectando la ya muy diezmada citricultura, fiebre aftosa en el ganado, incendios en la sierra de Galeana y en varias vecindades de Monterrey”, surgió un problema colateral, el de los autobuses urbanos, debido a la pugna entre dos grupos empresariales poderosos. El autor nos dice: “La situación se agravó cuando los ahora aliados subieron sin autorización la tarifa de cinco a 15 centavos”, cualquier parecido con la situación actual, aunada a las consecuencias de una funesta pandemia, es mera coincidencia. “La población exigía mejor servicio y unidades nuevas”, ¿está también será otra coincidencia? Se los dejo de tarea.

En el capítulo 11, “El extremo: llueve mucho y causa destrozos”, así es natura, pasa de lo simple a lo complejo, de lo lógico a lo absurdo, de lo pequeño a lo grande y de la calma a la tempestad. Después de la desquiciante sequía llegó la ansiada lluvia: “Si 24 horas antes no caía una mísera gota, de repente pareció que el cielo se desmoronaba a

raudales y las torrenciales lluvias causaron destrozos en las carreteras, vías férreas, calles y avenidas”. Era agosto de 1953 cuando la ciudad quedó incomunicada por varios días, pero habían terminado “el desaliento y la desesperanza”.

China y Bravo fueron dos de los municipios más afectados por las inundaciones, al igual que los Aldama y Dr. Coss, Sabinas Hidalgo, Cerralvo, Gral. Treviño, Marín, Pesquería, General Zuazua, Ciénega de Flores y Anáhuac. Incluso Gral. Terán fue azotado por una tromba nunca antes vista, las carreteras quedaron destrozadas y las pérdidas fueron cuantiosas. La gente comparaba la creciente de los ríos con la acontecida en 1933. La pesadilla de la sequía, al menos en ese momento histórico, había terminado. Pero lean el libro, les aseguro que en este capítulo se van a emocionar.



Acercándonos al final del libro, el capítulo 12 lleva por nombre “General Zuazua, N.L., afectado por la inundación”. En un sentido discurso, una crónica por demás realista que obviamente se registra en el libro a manera de testimonio, el presidente municipal

en aquella época describe la pavorosa inundación que conmocionó al pueblo de Zuazua. Héctor Jaime señala: “Fue el municipio de General Zuazua el más castigado por la fuerte y constante lluvia, a tal grado que es catalogado el desastre más grande sufrido en esa población”.

El autor cierra este capítulo con una reveladora descripción de los hechos acontecidos en aquel aciago día del 25 de agosto de 1953: “Entre los daños más importantes sufridos por los habitantes de General Zuazua fueron: 60 casas derrumbadas, más de 300 cabezas de ganado menor y 4 mil gallinas se ahogaron, destrucción de corrales; ropa, muebles, enseres domésticos, documentos familiares desaparecidos por la implacable creciente”.

El capítulo 13, el último del libro, titulado “El laberinto del olvido”, es concluyente. Retoma la idea de la recurrencia de las sequías-inundaciones a lo largo de la historia de Nuevo León y, lo más infortunado, es la alharaca que se genera en todos los ámbitos, en los discursos, en los medios documentales y electrónicos, pero el problema primordial, “el abasto de agua para una población creciente”, no se soluciona.

Todo queda en promesas incumplidas y, después de que las despiadadas y lluviosas tormentas o los rabiosos y destructivos huracanes acaban con las sequías y “se llenan las presas” y se hinchan de nuevo “los mantos freáticos”, todo se va por “el laberinto del olvido”, afirma atinadamente el autor de este valioso documento bibliográfico, Don Héctor Jaime Treviño Villarreal, quien cierra el libro haciendo un interesante y revelador análisis comparativo entre las gestiones de los gobernadores José Santiago Vivanco Lozano (1953) y Samuel García Sepúlveda (2022), quienes han enfrentado diversas y complejas problemáticas en los primeros meses de su mandato. ¿Habrá que esperar otra inexorable sequía como la que estamos todavía padeciendo para buscar una solución acertada...? Se cuestiona decididamente el autor.

Antes de finalizar mis comentarios sobre esta invaluable y apasionante obra bibliográfica, *Sequía en Nuevo León -1953-*, es pertinente destacar que las fuentes hemerográficas más importantes para la redacción de la misma, fueron los periódicos *El Porvenir* y *El Norte*.

